

EL DÍA EN QUE ME CONVERTÍ EN DISEÑADOR DE INTERIORES.

Por Rafael Garberí Pedrós

Médico Psiquiatra y Terapeuta Familiar.

*“Pintada, no vacía
Pintada está mi casa
del color de las grandes
pasiones y desgracias.”
(Miguel Hernández
“Mi Casa”)*

Corría el año 1.794 y un niño de 9 años yacía enfermo en su casa, esperando someterse a una intervención quirúrgica para que le extirpasen un tumor. Todavía no se habían descubierto los antibióticos, ni la anestesia química para paliar el dolor. Todo lo que se le podía ofrecer a aquel niño, para distraer su atención, era un cuento. Y aquellos médicos le contaron una historia tan fascinante, que posteriormente juró no haber sentido ninguna molestia. Dieciocho años más tarde, ese mismo niño le entregaba a un editor uno de sus cuentos. Aquel muchacho se llamaba Jacob Grimm, y el cuento se titulaba “Blancanieves”.

Y les he relatado esta historia porque guarda cierta similitud con otra más reciente que les contaré a continuación y, porque además, ya nadie duda, y menos dentro de mi profesión, del poder que tienen los cuentos, los relatos, los símbolos y las metáforas, tanto verbales como espaciales, para entretener, enseñar, estrechar vínculos e incluso provocar cambios terapéuticos.

Hace muy pocos años, cumplí las bodas de plata con mi profesión, la Medicina. Y aunque prácticamente la totalidad de ese tiempo lo he dedicado a la práctica de la psiquiatría y la terapia familiar, al comienzo de mi ejercicio profesional pude practicar la medicina de cabecera. Para entonces ya estaba casado con una mujer que se dedicaba, y aún hoy sigue dedicándose, al “sacrificado” oficio de la decoración de interiores.

Como les decía, me investí de médico de cabecera y por lo tanto tuve la oportunidad de entrar en casa de muchos de mis pacientes. Casas grandes, otras pequeñas y alguna minúsculas donde la gente vivía hacinada. Casas con mucho pasillo y otras sin pasillo. Pero todas con algo en común. Todas esas casas contaban “cosas” de la gente que allí vivía. Familias aglutinadas, familias fusionadas, familias desligadas, familias amables y otras no tanto, e incluso familias que el antipsiquiatra *R. Laing* bautizó como “estúpidamente crueles”.

Aquellas casas, dejaban de ser pura forma geométrica para constituir un espacio con historia y destino. Aquellas viviendas generaban un referente físico, sin el cual, la comunicación simbólica no podía producirse.

Familias y espacios se relacionaban e influían recíprocamente durante el tiempo que duraba su ciclo vital. Casas privadas y anónimas donde nadie podía entrar si no era invitado, que contrastaban con otras exhibidas culturalmente como la casa caótica y desordenada de Valle Inclán o la casa fetichista de S. Freud.

Pocos años después, y ya metido en harina como terapeuta familiar, un compañero psiquiatra me derivó a una familia compuesta por el matrimonio, que rondaba la treintena y 3 hijos, María de 13 años, Jorge de 10 y Carlitos de 14, protagonista de nuestra historia y etiquetado de paciente identificado, y al que desde la 1ª visita comencé a llamar “Carlos” a secas.

Desde hacía 1 año aproximadamente, y a raíz de la imposibilidad de la familia de mudarse de casa, los problemas conyugales se habían desatado y Carlos empezó a presentar sintomatología depresiva, no salía de casa, no se relacionaba con sus amigos, había disminuido su rendimiento académico y estaba obsesionado porque no le salían “pelos”, “donde le tenían que salir”, con un deseo casi enfermizo de convertirse en el menor tiempo posible y como dice un amigo mío, en una “hormona con patas”. Pero lo que más llamó mi atención, no fueron los síntomas del paciente o el divorcio emocional de los padres, sino la indiferenciación de los niños. Todos vestían igual, con los mismos colores, e incluso era difícil distinguir su sexo. Los niños seguían durmiendo juntos en la misma habitación y los padres rara vez dormían juntos. Aunque eran evidentes los problemas en el proceso de maduración, autonomía y diferenciación de casi todos los elementos de aquella familia, quise confirmar la hipótesis analizando los límites y diferenciación de su vivienda.

Para ello, y aprovechando que Carlos era un excelente dibujante, le pedí que me hiciese un plano de su casa y, además, le comuniqué a toda la familia mi intención de visitar su domicilio. Y así fue.

En aquella casa todo era triste, no entraba apenas luz de la calle. Todas las habitaciones eran iguales. Los dormitorios con las mismas camas y las mismas colchas, con los mismos colores. Nada era distinto. Nada era diferente. Y el plano que Carlos me confeccionó coincidía perfectamente con lo que yo había visto con mis propios ojos. Así que le pedí que volviese a hacerme otro plano de su casa, pero esta vez distinto. Tenía que reorganizar el espacio para que todo el mundo tuviese mayor calidad de vida. Cuando lo hubiese acabado, volveríamos a vernos y los discutiríamos juntos.

Y es que aquel niño se parecía al hombre descrito por Bertolt Brecht, que andaba por el mundo con un ladrillo, tratando de explicar como era su casa. Porque ese espacio representaba lo que era y lo que quería ser, lo que tenía y lo que aspiraba a tener, metáfora explícita de su “yo relacional”.

La casa nace con uno mismo y es el envoltorio de la primera experiencia de socialización, donde cada uno se apropia de los conceptos del adentro y afuera, de lo propio y lo extraño, de lo interior y lo exterior, de las relaciones de parentesco y de otras que no lo son.

Visto lo visto, y confirmada mi hipótesis, y dado que aquel cuadro depresivo no se curaba con fármacos, lo único que podía ofrecerle a aquel niño y a su familia era una nueva estructura. Límites distintos, espacios distintos, colores diferentes, cualquier

diferencia que provocase una diferencia, cualquier cambio que por pequeño que fuera pudiese provocar cambios posteriores.

Yo intuía que aquel chico tenía el poder, que atesoran los interioristas, de usar herramientas que permitiesen transformar espacios patológicos en otros más saludables. Y así lo hicimos. Cliente y terapeuta nos convertimos en trazadores de fronteras, creando movimientos espaciales de cercanía y lejanía, que por otro lado, siempre fueron reconocidos universalmente como representación de interacciones afectivas. Dieciocho años más tarde, me encontré con Carlos. Se había convertido en un buen arquitecto de interior.

En esta historia, como en muchas otras, arte y psicoterapia, terapeutas y diseñadores, van intimamente unidos un continuo proceso de innovación, improvisación y cambio. Las dos disciplinas, terapia y diseño de interior comparten multitud de isomorfismos. Las dos tienen algo de ciencia y mucho de arte. Las dos tienen “clientes” y luchan por debilitar su resistencia al cambio. Y también, por supuesto sufren, de vez en cuando, la aparición de los impredecibles “ya que”... que entre otras cosas, sirven para alargar en el tiempo la relación “profesional-cliente”, produciéndose una especie de neurosis de transferencia, no muy deseable, salvo que sirva para solucionar a nivel económico los pagos mensuales de las nóminas. Pero esa es otra historia...

Aunque la Teoría de Sistemas, la Cibernética y la Terapia Familiar, explican este tipo de intervenciones, y la Teoría del Caos y los Fractales aportan soluciones plausibles que justifican diversos cambios de múltiples órdenes, yo sigo pensando, que en toda esta historia algo tuvo que ver esa persona con la que me casé, que me acompañaba en las visitas domiciliarias y que todavía sigue dedicándose al “complejo” oficio del diseño de interiores.